



Ramiro León

## Los primos Cruchaga



GERMAN, Angel y Juan, eran como «Los Tres Mosqueteros» y como tales actuaron en su primera juventud en relación a su vida espiritual

Yo no podría olvidarme de aquella época de afanes heroicos, en que cada cual soñaba con realizar obras estupendas. Algunos no las realizamos nunca, pero las vivimos imaginativamente, y un ensueño nos permitió pasar por alto los días de negra melancolía de aquellos años en que todo lo resistía y escudaba el optimismo rumoroso de nuestra juventud.

Al primero que conocí fué a Juan Guzmán Cruchaga. No recuerdo en qué ocasión y circunstancias. Creo que me lo presentó Daniel de la Vega.

Recuerdo sí, que desde nuestro primer encuentro, fuimos amigos inseparables. Juan poseía un espíritu erizado de sutilezas que maneja con diabólica maestría y con la elegancia de un esgrimista. Pero una vez que había tirado sus armas, y el contendor repelía el ataque sin perder terreno, el hombre cambiaba de táctica; abría de par en par, las puertas de su torre, ofreciendo principescamente el dón de su amistad.

Yo era un modesto provinciano, y sus primeras estocadas las recibí en descubierto, pero creo que reaccioné bruscamente, y mis mandobles carentes de técnica lo desconcertaron. Alguien

ha dicho que la inconciencia es insolente, pero a veces resulta un arma formidable. En esa oportunidad me ayudó a conquistar una amistad de toda una vida.

Juan recién regresaba del extranjero donde había servido consulado, y venía premunido de bagaje adquirido por un hombre de talento a través de los hombres y pueblos que ha conocido. Su prestigio de gran poeta y su simpatía personal, le abrían camino hacia todos los horizontes, pero su alma dúctil y traviesa, fué siempre de una clara y definida lealtad hacia los hombres de espíritu.

Germán Luco Cruchaga, era un hombre buenmozo que dislocaba a las mujeres, porque en aquella época los hombres aun obtenían mayor éxito entre las mujeres. Era una edad un poco primitiva tal vez.

Sin embargo había otro galán que le disputaba palmo a palmo, el campo sentimental. Era este Rafael Frontaura, que por entonces se dedicaba a escribir teatro en colaboración con Hugo Donoso, muchacho de gran talento que murió trágica y prematuramente en una noche de bohemia.

Germán era dibujante de un estilo fino y moderno y además hacía literatura. Al morir en plena juventud y cuando la vida le ofrecía todas las posibilidades a que le daba derecho su talento, dejó algunas obras de teatro de primera calidad. Entre ellas «La Viuda de Apablaza» y una serie de cuentos de distintos ambientes, todos realizados con verdadero acierto. Pero en realidad gran parte de su juventud la dispersó en la vida ligera y romancesca. Rara vez se podía contar con él. Era víctima de su desbordante simpatía. Los amigos lo perseguían porque una fiesta sin él, al decir de esos amigos resultaba un velorio. En una oportunidad se le necesitó con urgencia, pero él había desaparecido. Después de una laboriosa búsqueda, se logró ubicarlo en un fundo de los alrededores de Santiago en donde permanecía secuestrado por sus amigos como animador de una fiesta báquica.

Angel Cruchaga Santa María, era el reverso de sus primos. Era un hombre joven, de aspecto sereno y místico al parecer inalterable. Le llamaban «El Viejo Cruchaga» nombre que aún le dan sus amigos. Pero ahora un poco justificado. Por lo menos exteriormente. Tenía a su haber dos libros que lo habían consagrado como poeta de gran calidad: «Job» y «Las Manos Juntas». Pero el caso era, que cuando «El Viejo Cruchaga» se juntaba con sus primos y demás comitiva nunca desertaba, por el contrario, era otro animador a su manera. Le encantaba hacer bellos discursos, o recitar versos. Naturalmente que de preferencia los suyos. Aparte de estas anotaciones, debe consignarse la más esencial, y es que el poeta Cruchaga es uno de los hombres más excelentes que he conocido.

Junto a los primos Cruchaga andaba un cuarto mosquetero, que era como el Benjamín de la familia intelectual. Roberto Suárez Barros. «El Chicho Suárez». El más joven y alegre, el más inquieto, y acaso el más adinerado del grupo. Pues era el único, entre nosotros, heredero de una considerable fortuna. Claro está que su señor padre era un caballero muy discreto y medido, respecto a los emolumentos dispensados a su hijo.

El «Chicho Suárez», no siempre nos acompañaba en la vida nocturna, dada su calidad de hijo de familia, y cuando había alguna fiesta a la que él deseaba concurrir, debíamos ingeniar algunas combinaciones que convencieran a don Roberto viejo, de la necesidad imprescindible de que «El Chicho» nos acompañara. Don Roberto era un viejito muy vívido y simpático. En el fondo debe haberse reído de la ingenuidad y buena fe con que le contábamos el cuento.

A veces me solía encontrar con él y con un gesto cachazudo y malicioso me preguntaba.

—¿Y cómo se porta el niño para la fiesta?

—Hijo de tigre, don Roberto... hijo de tigre.

—Con Uds. va a salir muy canchero el niño. Luego se iba complacido y sonriente.

Al «Chicho» le encantaba la Peña, el grupo selecto, aún esto, no siempre era posible. Los Sábados nos reuníamos para almorzar en «El Teutonia». Allí encabezaba el grupo Daniel de la Vega, director de «Zig-Zag» y nuestro jefe espiritual, por quien teníamos y seguimos teniendo un leal afecto y una gran admiración. Daniel es uno de esos hombres magníficos, que ha vivido al margen de los corrillos, escudado en una dignidad que jamás ha quebrantado ningún personal interés. Es uno de los pocos que ha permanecido en su torre mirando la lucha desesperada y poco edificante de lo que se hace llamar intelectualidad, por repartirse la prebenda de un premio nacional. En realidad es algo que provoca hilaridad oír a palurdos que alegan su mejor derecho sobre este estímulo al talento, el tener un mayor número de hijos, como si el premio nacional de literatura lo hubiera instituido la Sociedad Nacional de Agricultura para premiar al mejor reproductor. Otros que han berreado durante treinta años, alegan que su obra es de mayor volumen, como si en alguna oportunidad la paja hubiera tenido mayor valor que el grano.

Pero en realidad me estoy alejando de mis mosqueteros, que aunque, en la actualidad nos encontramos tan distantes, seguiré recordándolos a través del recuerdo de aquellos bellos días de noble pobreza.

En la actualidad, Juan Guzmán Cruchaga y Roberto Suárez Barros, desempeñan importantes funciones diplomáticas en países lejanos. El viejo Cruchaga Santa María, trabaja burocráticamente, así como el que hace estos recuerdos, en una oficina fiscal. Daniel de la Vega demasiado conocido por su brillante actuación en «El Mercurio» no necesita de referencias.

Pero como la finalidad de estas crónicas es recordar a los compañeros de aquella época en sus aspectos joviales y pintorescos, al recordar a los primos Cruchaga, me provoca el deseo de contarles una de sus aventuras, muy inverosímil, pero muy real, y que revela con mayor elocuencia que la que yo pueda

poner en esta narración, el temple de sus espíritus, siempre dispuesto al buen humor.

Angel Cruchaga S. M., trabajaba en ese tiempo, en el diario «La Unión» y allí nos reuníamos noche a noche para hacer la tertulia, sobre las actualidades artísticas y literarias y otras chismografías del momento.

Aquella noche nos encontramos allí, Juan Guzmán Cruchaga, Jorge Hübner Bezanilla, Germán Luco Cruchaga y Vicente Huidobro, quien recién regresaba desde Europa. Yo no conocía a Vicente sino de referencias. Pero me resultó simpático y de una charla brillante y amena. Pasamos el rato sin sentirlo como dicen las comadres. Cuando salíamos del diario, Vicente nos invitó a su casa para mostrarnos las colecciones de arte que había traído desde varios puntos de Europa.

Ya en la calle se hicieron dos grupos. Huidobro, Hubner y Germán, iniciaron la marcha. Juan, Angel y yo los seguíamos.

A los pocos pasos Juan nos detiene, e inicia la conspiración:

—¿Ustedes se han dado cuenta de lo farsante que ha llegado Vicente?

—Yo no lo conocía antes. Pero me parece muy interesante y simpático.

—Claro, dice Angel, que ha llegado un poco más exagerado que antes, pero Vicho es muy buen muchacho.

—Lo que es yo, no le aguanto que nos venga a contar tanta mentira y a «epatarnos» con sus grandes éxitos literarios y amorosos en Europa. Si los europeos no son gansos, compañero!

—Al fin, ¿qué de malo hay en que desgaste su fantasía, pues Juan?

—No, no, compañero! —A este farsante le vamos a dar una lección esta noche que va a tener que recordarla toda su vida.

—¿Qué es lo que piensas hacer tú, Juan?, le preguntó Angel.

—Llamemos a Germán.

Germán regresa a nuestro grupo.

—Oye Germán. ¿Tú estás dispuesto a que esta noche le demos una lección a Vicente?

—Pero, ¿por qué motivo, Juan?

—Por farsante! ¿No has oído la serie de mentiras que nos ha contado?

—Claro que muchas son mentiras, pero cada cual miente cuando le da la gana, pues Juan.

—No vengas tú también con tonterías.—Estamos dispuestos a «epatarlo» a él.

—¿Y en qué forma crees tú que lo vamos a epatar?

—Nosotros cuatro, esta noche, haremos cosas tan estupendas que lo vamos a dejar lelo.

¿Están Uds. dispuestos?

—¡Claro que sí!

Yo me adelanté a preguntar.

—¿Pero qué es lo que vamos a hacer que resulte tan tremendo?

—Lo que a cada cual se le ocurra. ¡Hay libertad de acción!

Con esta declaración yo quedé tranquilo, porque en realidad no se me ocurría nada extraordinario en contra de Vicente.

Germán fué de opinión pasar a beber unos tragos a fin de concentrar un plan de acción más coordinado.

Aceptada la indicación, invitamos a nuestra futura víctima, y a Hübner, a un figón con pretensiones de Cabaret que estaba ubicado en la calle de San Antonio.

Vicente nos manifestó que él solo bebería Whisky y que todos debíamos beber lo mismo, porque era el trago más sano y decente. Todos manifestamos que no habría ningún inconveniente en aceptar su idea siempre que él financiara el gasto, y como en todas las épocas el triunfo de nuestras ideas nos significa sacrificios, Vicente aceptó de buen grado y sin mayor discusión, nos bebimos dos botellas de Caballo Blanco, que por aquellos tiempos era fabricado en Escocia y cuyo contenido nos mantuvo un estado de euforia y beligerancia.

Cuando nos retiramos de allí no había ocurrido nada extraordinario, porque ninguno de los complotados, parecía haber madurado debidamente sus planes. Pero, al pasar frente a la basílica de «La Merced» Germán Luco, sorpresivamente, se nos tiró sobre el césped de la plazoleta, en actitud de rumiante y se puso a pastar.

—¿Qué te pasa, Germán?

—Que me ha dado un hambre feroz y este pasto tierno está exquisito. Pruébenlo y verán.

Yo me reí con tal espontaneidad y estruendo que los demás regresaron a ver lo que ocurría.

—¡Pero Germán, hombre! ¿Cómo te curaste tan pronto?

—¿Qué ridículos son Uds.!... Si no es que esté curado. Es que el hombre debe volver de vez en cuando a su estado primitivo e identificarse con la naturaleza. Yo en otra época debo de haber vivido reencarnado en algún caballo, porque al ver el pasto he sentido unos deseos irresistibles de pastar.

Todos nos empeñamos en que Germán no siguiera alimentándose en el predio municipal sin el permiso respectivo, pero él se obstinaba en tal forma, que la discusión adquirió caracteres de escándalo, y las ventanas del arzobispado principiaron a iluminarse y abrirse, talvez con el propósito de informarse de lo que ocurría en aquel sitio de ambiente monacal. A todo esto ya eran las cuatro de la madrugada.

Por último, Germán convencido talvez de que había ejecutado su parte en el plan conspirativo y epatante se decidió a seguir viaje.

Seguimos por San Antonio y doblamos por Alameda hacia el oriente en dirección a la casa de Vicente. En el trayecto, Hubner y Vicente que ignoraban nuestros planes, comentaban desfavorablemente las locuras de Germán.

—Estos niños antes eran muy tranquilos, comentaba Vicente. Todos hemos bebido la misma cantidad y nadie puede curarse con tan poco. No me lo hubiera imaginado.

—Hay días que les da por hacer cosas extravagantes, afirmaba Hübner. En Alameda esquina de Ahumada, tropezamos con el guardián de punto. Era un paco joven, de regular estatura y buen talante. Parecía complacido de que alguien pasara por allí en esas altas horas de la noche e interrumpiera su soledad y aburrimiento. Juan, que siempre era el más decidido, se detuvo junto a él y le entabló conversación, ofreciéndole cigarrillos. Nosotros con Angel y Germán, nos quedamos a retaguardia, mientras Vicente y Hübner seguían adelante.

Lo que conversaba Juan con el guardián, no lo oíamos en su totalidad, pero conociéndole, como le conocíamos, sospechábamos de que nada tranquilizador podía esperarse de sus actitudes e intenciones. Como respondiendo a nuestras predicciones, Juan se vuelve hacia nosotros, y nos consulta muy seriamente.

—¿Qué les parece que nos llevemos preso a este amigo paco?

El guardián lo tomó como un chiste de «jutres» en juerga, y se sonrió socarronamente, pero sin darle la menor importancia. Ellos estaban acostumbrados a estas bromas de los jovencitos bien.

Pero yo no pensaba lo mismo. Y previendo un incidente desagradable me acerqué a Juan para procurar evitarlo. Pero el guardián equivocó mis intenciones y me recibió en actitud de beligerancia, asumiendo una posición defensiva con su bastón de mando.

El guardián talvez me creyó más peligroso a mí por mi mayor estatura y se descuidó de Juan, quien aprovechándose de la situación le tomó el brazo y le hizo una llave de Jiu-jitzu que lo inutilizó totalmente. Debo advertir que Juan Guzmán, era hombre de fuerzas extraordinarias y con conocimientos de box y de Jiu-jitzu.

Una vez que inutilizó al guardián, se lo hechó a la espalda, como quien carga un cordero. El guardián pataleaba como un muchachito mal criado a quien no se le ha hecho su gusto.

Juan siguió Alameda abajo cargando al representante de la autoridad, que talvez nunca había sido transportado tan gratuita y aristocráticamente.

Santiago de aquella época y en aquellas horas, era de una soledad que sólo interrumpían de tarde en tarde, los tortilleros o algún coche de posta que conducía a algún caballero de aventuras. En razón a esto fué que Juan pudo andar tranquilamente dos cuadras con su paco a la espalda. En la esquina de Morandé nos esperaban Vicente y Hübner, para enrostrarnos nuevamente la tontería en que nos habíamos metido.—Juan que se sentía ya cansado nos consultó dónde podíamos dejar al reo que no se escapara.

—¡Larguen a ese pobre hombre! Nos ordenó Vicente. ¡Hasta cuándo van hacer tonterías!

—¿Así es que ellos son los únicos que tienen derecho a llevarnos presos a nosotros?, alegaba Juan.

Mientras tanto el paco parecía haberse acostumbrado en su cómoda posición y esperaba tranquilamente el veredicto.

En lo que es ahora la plaza de «La Constitución», existía en ese tiempo un sitio eriazo en que funcionaban circos, o se establecían ferias de entretenimientos populares. Los cierros eran de tablas paradas y relativamente fáciles de arrancar, que fué lo que hicimos con Germán para que Juan pudiera dejar en lugar seguro a su prisionero, no antes de sacarle el revólver y quitarle la carga respectiva.

Inutilizada la defensa del reo, seguimos por la Alameda en dirección a casa de Vicente que nos quedaba a pocas cuadras. Esto a marcha forzada, porque bien sabíamos que si al enemigo le llegaban refuerzos la broma nos iba a resultar muy desagradable.

Cuando íbamos por Teatinos, miramos hacia atrás y vimos que el paco corría como un venado hacia Ahumada, piteando que era una maravilla y en son de auxilio.

Redoblamos la marcha y nos metimos a la casa de Vicente; en donde esperamos tranquilos los acontecimientos derivados del incidente pacuno—los que no se hicieron esperar,—pues al poco rato sentimos un tropel de caballería que recorría los contornos de esas cuadras. Pero era indudable que no nos habían visto entrar, porque después de pasado un rato, todo quedó en silencio y nadie salió a la calle hasta las ocho del día, en que cada cual se fué tranquilamente a su casa.

Pero no sin que en la casa de Vicente ocurrieran otros acontecimientos. Como habíamos sido invitados a ver las obras de arte que Vicente había traído en su viaje reciente, después de alejado el peligro, nos dedicamos a la revisión de varias pinturas y otras obras de efectivo valor artístico. Entre ellas Vicente nos mostró una bellísima pecera de cristal que según él, habría pertenecido a uno de los duques de Venecia. En el agua transparente de aquella pecera, nadaban en acrobáticas y lentas actitudes unos peces dorados. Angel que había permanecido silencioso e inactivo, le preguntó a Vicente.

—Oye Vicente, ¿Los pescados también los trajiste de Venecia?

—No seas idiota pues Angel, esos pescados los ha puesto mi madre ahí.

—¿Y sirven para comer?

—Veo que también te has curado. Uds. están insoportables esta noche. ¿A quién se le puede ocurrir semejante tontería?

Angel inmovible y con una calma musulmana, metió su mano en la pecera y con la seguridad de experto, pescó uno de los peces, se echó un poco hacia atrás y se tragó al bicho que se había debatido en sus manos. No creo que un albatros lo hiciera con mayor expedición.

Todos nos quedamos atónitos, menos Angel y el pescado que talvez no alcanzó a darse cuenta de su trágico fin.

—¡Pero Angel que haz hecho! ¡Mi madre te va hacer fusilar por salvaje!

—¿Pero no decías tú que no servían para comer?

—No te hubiera imaginado capaz de tal salvajismo.

—Oye Vicente, destapa un poco de Santa Rita, que este animalito no quiere quedarse tranquilo aquí dentro.

Y se pasaba suavemente la mano por sobre el estómago como si temiera maltratar al pobre pescado que talvez se debatía en aquella extraña y desagradable prisión.

En realidad,—dice Juan,—hay que darle mucho blanco, porque el blanco es el indicado para los mariscos.

Vicente ofreció toda clase de licores, y cada cual bebió lo que quiso, porque contra la opinión de Martín Escobar, la casa de Vicente fué siempre uno de los refugios más acogedores y espléndidos, para los artistas santiaguinos, especialmente en los bellos tiempos de Monna-Liza.

El resto de noche se pasó rápidamente a base de los mil chistes que se le hicieron a Angel con respecto al pescado y sus consecuencias. Yo me sentía un poco deprimido ante mis compañeros de conspiración, por no haber prestado ninguna colaboración en aquel plan de hechos extraordinarios y que los primos Cruchaga realizaban felizmente sin mayores consecuencias.

A la noche siguiente nos dirigimos como de costumbre al diario «La Unión» para conocer el estado de salud de Angel.

Allí estaba el hombre muy tranquilo como si nada hubiera ocurrido la noche anterior.

—¿Qué hay Angel, como estás?

—Muy bien. Sólo que de vez en cuando siento unos locos deseos de nadar.

RAMIRO LEÓN.